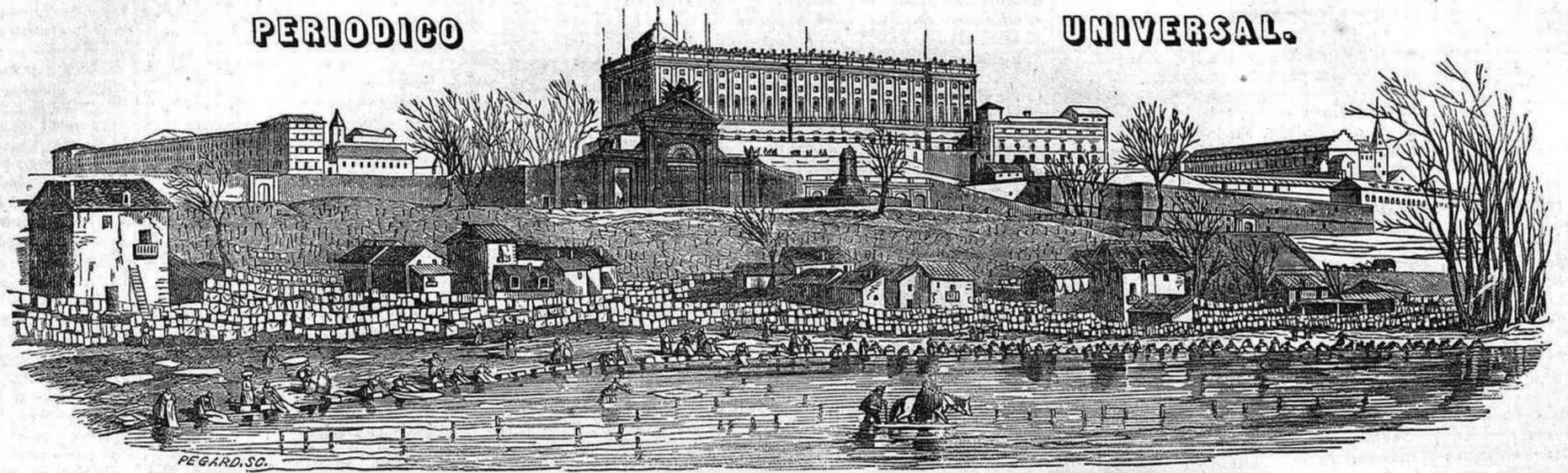


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 25.—SÁBADO 19 DE JUNIO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION DE LONDRES.

MÁQUINAS.

Los instrumentos de agricultura de origen inglés se hallaban reunidos al extremo S. E. del gran edificio consagrado á la Exposicion universal. Ocupaban un espacio muy considerable, y por cierto merecido, atendida su utilidad é importancia. Ya que así nos esplicamos, debemos llamar la atencion de nuestros agricultores sobre estos productos de la industria inglesa, que han convertido á la agricultura en una verdadera ciencia.

Las máquinas agrícolas mas notables son las de vapor, tanto fijas como móviles. Algunas son de una construccion superior, y se acomodan perfectamente á los trabajos que deben ejecutarse con ellas. Lo mismo sucede con muchos instrumentos de labranza y con las máquinas para aventar los granos, para cortar paja, para limpiar la avena, ruedas de molino, etc., etc. Entre los útiles aratorios, se veian en Hyde-Park carretas de todas clases, escarificadores, pulverizadores, máquinas de segar, y otros infinitos cuya enumeracion seria demasiado prolija.

Habia además máquinas para facilitar la fabricacion de la teja, cerraduras de hierro, sierras mecánicas, carretas, rejas de hilo de hierro y de alambre, y comederos para el ganado, figurando tambien en la galería varias máquinas para la labranza al vapor, espuestas por lord Willoughby. De desear es que los mecánicos agrícolas prosigan este descubrimiento con perseverancia, porque si llega á perfeccionarse proporcionará á los labradores grandes economías en sus gastos rurales. La máquina para segar es asimismo un instrumento nuevo, y merece por lo tanto toda la atencion de los que se dedican á los trabajos del campo, á fin de que puedan comparar sin prevenciones las ventajas que debe procurarles, ya que son muy pocas las que hasta el presente han conseguido por medio de los métodos ordinarios.

Cuando empezó á usarse el azadon mecánico de M. Garrett, se creyó generalmente que el trigo nuevo y tierno no soportaria con ventajas una operacion tan fuerte; pero todos cuantos se han valido de dicho instrumento convienen hoy en que es uno de los mas útiles que se han inventado, supuesto que en las estaciones precarias y durante el mal tiempo se trabaja por su medio con una rapidez casi increíble, lo cual no se lograba tampoco en otras circunstancias, es decir, cuando la rutina era la única reguladora de todas las operaciones agrícolas.

La máquina de sembrar, la batidera y el azadon mecánico son ya instrumentos tan indispensables, que no deben faltar en la granja de ningun labrador mediana-

mente acomodado. La primera y la tercera de estas máquinas no sufren separacion, porque una de ellas, como es fácil colegir, prepara los trabajos de la otra. Entre las muchas que ha espuesto M. Garrett, se encuentran sembraderas múltiples que obtuvieron el premio en el concurso de Exter, por su perfecto trabajo y por la facilidad de su manejo. Estas sembraderas depositan sin el menor trabajo todos los granos y semillas hasta la profundidad que se desea: sus dimensiones varian mucho, con el objeto de que puedan adaptarse sin violencia á toda clase de terrenos. La distancia entre las hileras de surcos es por lo regular de seis pulgadas, y algunas veces mayor, con arreglo á la clase de grano que se intenta sembrar.

En cuanto al azadon mecánico, ofrece, independientemente de la economia en los gastos rurales, grandes ventajas sobre el azadon de mano, porque ahorra mucho tiempo y trabajo, y porque penetrando indudablemente muchísimo mas en la tierra, las plantas reciben nueva vida y un vigor sorprendente, siempre que aquella se remueve en torno de los tallos y sobre todo de las raíces. Esto se logra muy pocas veces con el azadon de mano; cuando se desca conseguirlo, no se hace por lo comun mas que destrozarse los sembrados. Por el contrario, la direccion del azadon de mano es una cosa que admira, pues se obtiene con una precision perfecta, y se ocupan con sus ganchos ó puntas todos los intervalos de tierra comprendidos entre las plantas, sin tocar á estas.

La máquina de vapor agrícola móvil de M. Garrett es otro descubrimiento sumamente interesante. La aplicacion del vapor á las operaciones agrícolas se ha hecho ya tan universal, que una máquina pequeña, de fuerza suficiente, ligera, móvil, era ya indispensable para remover el grano. Es evidente que uno de los puntos mas importantes en tales máquinas consiste en que su manejo se comprenda fácilmente por hombres completamente extraños á su empleo; este objeto no se ha perdido de vista en la indicada máquina, pues, al contrario, se ha combinado de tal modo que su uso es sen-

cillísimo para todas las operaciones del campo que requieren prontitud. Es una adquisicion de primera necesidad para las granjas de grande estension, y solo necesita dos caballos para moverse en todas direcciones.

Ya hemos concluido con esta brevísima reseña las noticias principales relativas á las máquinas destinadas á la agricultura. En el siguiente artículo hablaremos de las máquinas en general, las cuales forman el principal objeto de la exposicion inglesa.

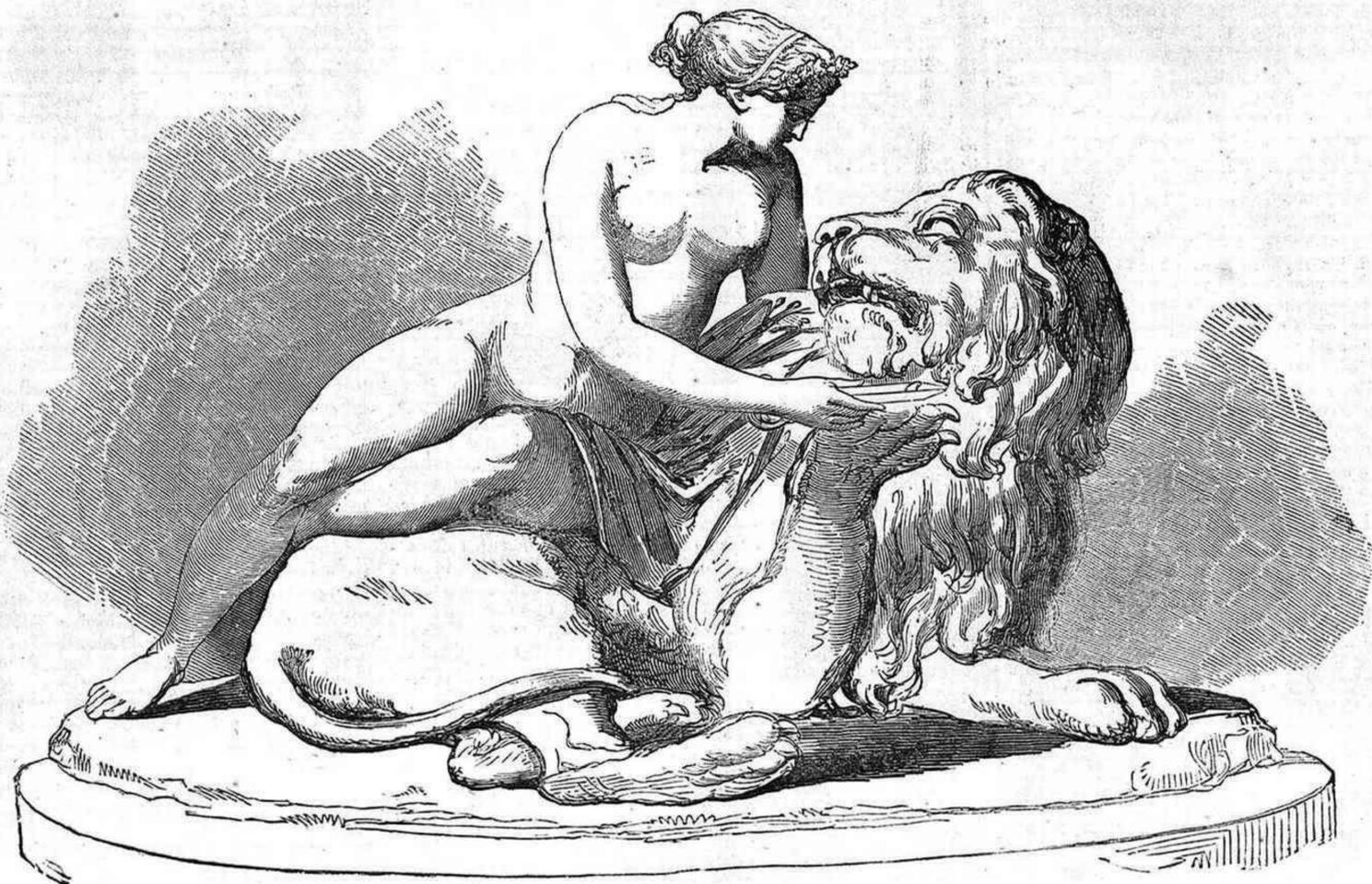
CARTAS A UN ANGEL.

IV.

UN RETRATO.

Amor y gloria son dos palabras que resuenan muy bien al oido, dos palabras que lee el entusiasmo en todas partes, dos palabras que hacen subir ásperas breñas sin reparar en los guijarros que hieren los piés, ni en los espinos que azotan el rostro ensangrentándolo. Mucho se ha marchado en pos de ellos sin conseguir nunca alcanzarlos; abundante cosecha de lastimosos desengaños han dado siempre á quien sembró frescas y hermosas ilusiones. ¡Flores que nacen tan lozanas para marchitarse tan pronto! ¡sensitivas del pensamiento que mueren al menor contacto para no renacer jamás! ¡luces misteriosas que se apagan sin dejar ni un solo destello! ¡amargos recuerdos que atormentan, y que no se hunden para siempre en la honda sima del olvido! Algo diera el hombre por borrar hasta la mas ligera huella de sus pasadas ilusiones, cuando no tiene la facultad de formarlas nuevas y radiantes; algo daria por desprenderse enteramente de lo pasado, cuando no le halaga lo presente ni le sonrie lo porvenir; algo daria por perder la memoria, cuando la imaginacion se agota y es impotente la voluntad. Pero como el hombre está predestinado á ser inminentemente infeliz, toman relieve los recuerdos cuando mueren las esperanzas; y á espensas de la imaginacion, que crea, vive y acosa la memoria que reproduce.

¿No hay bastante con que esté escrita la historia de la humanidad en páginas de bronce, mármol y pergamino, para que el hombre se acomode esa experiencia de los siglos y juzgue por analogía? No es suficiente; es necesario que se graben en su memoria una por una sus desgracias, uno por uno sus ensueños, una por una sus ilusiones, uno por uno sus desengaños; funesto caudal que se aumenta año por año, dia por dia, minuto por minuto, que es una eterna pesadilla y un no interrumpido dolor. Quien ha reunido este tesoro, no puede correr con ardor en pos de la gloria, porque ha corrido ya muchas veces, y el fanal se ha convertido en humo;



El leon enamorado.

quien ha reunido este tesoro no puede entregarse al amor, porque en donde creyó encontrar una hoguera viva y permanente, halló solo muertas cenizas; quien ha reunido este tesoro tiene que luchar eternamente entre la experiencia y el deseo, acicate y brida que encubren sus sentimientos con el estímulo y la represión. Este violentísimo estado tiene penas que solo comprenden los que lo atraviesan por su desdicha; penas que son inexplicables por su misma horrible intensidad.

Sería curioso, muy curioso escribir la historia de un alma desde la cuna hasta el sepulcro. En la primera página estaría el espíritu del niño dormido, sin una idea fija, sin un recuerdo, sin una esperanza, sin un deseo. Se le vería paulatinamente ir recibiendo impresiones tan superficiales, tan ligeras, tan indefinidas, tan vagas, que deben asemejarse mucho al vapor que empaña momentáneamente un cristal, para dejarlo después más limpio. En pos de estas leves impresiones, empezaría a hervir los deseos, pocos en número y confusos; luego estos deseos satisfechos irían dejando una memoria de lo agradable, lo desagradable, de lo fácil de conseguir y de lo difícil de alcanzar. Por intuición, por aplicación, por raciocinio y por experiencia, se iría desarrollando la idea del bien y del mal absolutos, del bien y del mal relativos. De aquí se iría formando la conciencia, y con ella una memoria dolorosa que se llama remordimiento. Al acabarse la niñez se presenta altiva y briosa la desenfrenada juventud, con sus borrascosas pasiones, con sus buenos y malos sentimientos. Enérgica en todo y para todo, provista de inmenso entusiasmo, lleva la abnegación hasta el sacrificio y el heroísmo; y la crueldad hasta la barbarie y el crimen. Nada le parece imposible, y e. vez de retroceder ante la verdad de un consejo, se estrella ante la mentira de una ilusión; se juzga completa, y como no tiene experiencia propia, no cree en la experiencia de los demás, y se amamanta en el error.

El alma lozana y juvenil es la tierra virgen que hace fructificar cuantas semillas caen en su seno, lo mismo el trigo que la cizaña, lo mismo el rosal que la ortiga. Con esa fuerza productiva inagotable, poco le importa que se deshoje una flor que azota la lluvia, ó que caiga un cedro descuajado por la furia del huracán; la flor se convierte en un jardín, el cedro en un bosque, y el alma no ve ni un solo instante la triste aridez del desierto. Empieza á trepar grada por grada hacia el alto templo de la gloria, sin descansar en el camino. Llega á sus puertas fatigada, y aunque las encuentra cerradas, no desmaya por ello, golpea; no se abate porque no le responden, y continúa siempre golpeando. Alma cándida y entusiasta, se llega á la de una mujer creyéndola candorosa y enamorada; después de pasar días y meses en este lamentable error, comprende que se ha equivocado, que está unida á un alma helada, páfida y ruinosa; pero no se mengua su fé. Una mujer no es la mujer, se dice á sí misma; y contentándose con variar de objeto, continúa amando como amaba, y marcha de error en error, de desengaño en desengaño.

Si el alma fuera siempre jóven, si estas gotas de agua no fueran desgastando la piedra, poco importarian para la felicidad humana los errores y desengaños; pero el alma se debilita y envejece como el cuerpo, y algunas veces mas aprisa. Aunque es inmortal, cuenta los años, y los cuenta con mas cuidado, porque sabe que no ha de morir. Su fé ardiente se cambia en duda, su entusiasmo en desconfianza, en pesimismo su optimismo, en indiferencia su ardor; y corriendo de extremo á extremo, si erraba antes porque creía, yerra después porque no cree, y cada día se sumerge mas en el abismo del error. Si logra penetrar la mirada hasta los pliegues mas profundos de un alma de treinta años, si consigue descifrar uno á uno esos misteriosos caracteres que retratan las varias formas del pensamiento, y que cruzándose entre sí, producen tantas combinaciones como los noventa números de la lotería, ¡que signos encontrará en ella tan complicados, tan distintos! Comprendidos instantáneamente con los ojos de la inteligencia, no podrán explicarlos los labios, como solamente puede darse una idea imperfecta de los colores explicándolos de viva voz.

Leyendo en el fondo del alma, como Dios lee en el fondo de todas las almas, en el gran libro del mundo moral, cuyos distintos pensamientos forman una pequeña parte de su gigante pensamiento, cuya ciencia es un leve destello de su ciencia; leyendo en el fondo de esta alma, se verá sobre el negro campo de la duda, como en una pizarra inmensa, el deseo que no se atreve á ser deseo, por temor de convertirse en desengaño; la esperanza que no se atreve á ser esperanza, por no reducirse á recuerdo; el placer que no se atreve á ser placer, por no acabar en remordimiento. Un rayo de fé que serpentea entre las sombras de la desconfianza, como serpenteaba la luz en la gran confusión del caos, cruza del un extremo al otro, pero se apaga enteramente al tocar, en la region de la memoria, el abismo de la experiencia. ¡Estado horrible, estado humillante de un alma que descubre la impotencia por todas partes, por todas partes el temor! Y descubre precisamente esa impotencia vergonzosa que se deriva de una voluntad vacilante; ese miedo vulgar y bajo que nace del recuerdo de un dolor pasado, de la idea que produce el amago, la posibilidad de un nuevo dolor.

El alma que llega á este estado, no es inteligencia, porque no tiene discernimiento ni razon; no es voluntad, porque no tiene poder ni fuerza; no es memoria, porque cuando quiere olvidar recuerda, y cuando recordar olvida; es un continuo flujo y reflujo de debilidades heterogéneas, de posibilidades é imposibilidades que se barajan y confunden para producir la mas completa nulidad; imagen perfecta del caos, se encuentran todas sus potencias en lastimosa confusión, en lamentable desacuerdo; quiere y no quiere al mismo tiempo, y sufre el suplicio de Tántalo, por temor de encontrar las manzanas amargas y el agua turbia ó emponzoñada. Partida en dos, hace que estas mitades lidien como dos ejércitos beligerantes, para entretener de este modo una febril actividad; y estos fratricidas combates, ni estinguen de un todo la fé, ni prestan fuego á la creencia; ambas partes se debilitan, y solo están de comun acuerdo para estender un día y otro día, un año y otro año, los horizontes de la duda; para gastar la poca savia que les queda en un ridiculo escolasticismo; para batiirse en último término como dos escolares, que á falta de buenas razones, cambian denuestos y pedradas.

Si dice una mitad del alma que la gloria es una quimera, porque el triunfo es una mentira, y deduce, como legítima

consecuencia, que es indispensable renunciar á la posesion de esa quimera; la segunda mitad del alma la contradice, manifestándole que la vida sin aspiraciones no es vida, y que no hay aspiracion tan noble como la ambicion de alcanzar merecida gloria y aplauso. La primera mitad del alma recurre al arsenal de la experiencia y de la historia; presenta á Cervantes en una prision y á Camoens en un hospital, y hablando de contemporáneos, refiere simulados triunfos, que afrentan á los triunfos reales, ovaciones hijas del amaño, que producen gloria de alquiler. La segunda mitad del alma reconoce quizás la exactitud de estas apreciaciones, pero no quiere darse por vencida, y al lado de Camoens y Cervantes, coloca á Lope y Calderon; divide la gloria en dos partes, gloria de por vida y gloria postuma, y desdeñando la primera, está por la última, que equivale á la inmortalidad. En medio de esta discusion suele dar el alma algun paso hacia el alcanzar de la gloria, pero su planta vacilante se arrastra tan perezosamente que no llegará al santuario.

La primera mitad del alma, que llamaremos la *razon*, y el *sentimiento* á la segunda; la primera mitad del alma dice: «Una vez probado que el amor es un fuego fatuo, una mentira, nada hay tan razonable como renunciar decididamente á los engaños del amor.» La segunda mitad del alma ve fuera del amor el vacío, y sin atreverse á contrariar lo que dice su mortal enemiga, no se conforma con tan terminante decreto. Esta resistencia pasiva irrita á la que inició la cuestion, como un ataque ó una amenaza, y queriendo quedar triunfante, continúa: «El amor no es un sentimiento completamente abstracto, es un sentimiento concreto, que se particulariza hacia un objeto, y este objeto es una mujer determinada. Una experiencia no interrumpida nos ha enseñado que las mugeres son volubles, falsas, caprichosas, arrebatadas ó glaciales, y las que han hecho nacer y crecer nuestras mas hermosas ilusiones, han concluido por atormentarnos con los mas acerbos desengaños. Testimonios son de esta verdad Rosa, Margarita, Teresa, y otras varias que fuera largo enumerar. Hemos perdido muchos años en buscar una mujer digna de ser amada, sin haber conseguido hallarla: ¿qué motivo hay para imaginar que lograremos encontrar hoy lo que hemos buscado siempre en vano? Es preciso renunciar al amor, porque es absolutamente imposible encontrar una mujer que merezca nuestras constantes adoraciones.»

La segunda mitad del alma lanza un suspiro tan doliente como el del naufrago que ve alejarse la tabla en que fundaba sus postrimeras esperanzas; pero no se atreve á doblar la frente por temor de que siga la muerte á esta momentánea parálisis: hace un gran esfuerzo y responde: «Es verdad que solo hemos encontrado en nuestro camino mugeres como las que acabas de pintar; pero una docena, ni un centenar, ni un millar de mugeres constituyen la mujer; y con que solo exista una perfecta, habrá bastante para que un hombre pueda encontrar la felicidad en amor.» «Pues ama,» replica la primera mitad del alma con el mas supremo desprecio; y la segunda mitad del alma va tomando de la primera la memoria, que habia deseado oscurecer, va evocando uno por uno los fantasmas que habia sepultado en el olvido, va estableciendo comparaciones, analogías y diferencias, va estudiando causas que naturalmente deben producir los mismos efectos; y después de retorcerse como un epiléptico ó una culebra herida, acaba por dudar de todo, por creer y dudar al mismo tiempo de todas las mugeres, por creer en cada mujer y dudar de cada mujer.

Cuando un alma llega á este estado, ¿puede aspirar á adquirir gloria, puede aspirar á sentir é inspirar amor? Me responderás que en las regiones en que habitas no existen almas de esta especie, y quizás añadirás tambien que el alma que acabo de pintarte es un aborto de mi imaginacion enferma. No me sorprenderá semejante respuesta, y previéndola, he puesto á esta carta por epigrafe UN RETRATO. Sé que la mayor parte de lo que acabo de escribir no conviene á todas las almas, porque sé tambien que existen almas de niños en cuerpos de setenta años; y solo me he referido á una de esas almas, las menos, que tienen edad, y que se desarrollan en lo intelectual como la materia en lo físico. Tambien he tratado la cuestion de un modo que aunque no existiera mas que una sola alma como la que acabo de pintar, habria conseguido mi objeto, porque el retratista no está obligado á trasladar al lienzo la lisonomia de la humanidad, sino la del hombre que le está sirviendo de modelo. Sea una ó sean muchas las almas que han pasado este fatal dintel, bien puede decirselas con el Dante:

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate

UN HOMBRE.

AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

LEYENDA DEL SIGLO XIX.

I.

Cualquiera creará al leer la relacion siguiente que es una invención de la fantasía del novelista ó del poeta. Empero nada es mas cierto. Los hombres espertos en las ciencias físicas podrán tal vez explicar como efectos de causas naturales los prodigios que voy á narrar; yo mismo podria explicármelos hasta cierto punto, y aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero á decir verdad prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefero, y no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa y consoladora, capaz un día de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, á la verdad científica que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento nos quita tantas doradas ilusiones del corazón.

Hace algunos años que llegaron á Milan dos jóvenes esposos, al parecer estranjeros. Muy poco después de su llegada á la capital del reino Lombardo-Veneto, se dedicaron, el marido á hacer retratos, y la mujer á dar lecciones de música, ó por mejor decir, ambos se dedicaron á la enseñanza y ejercicio de ambas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, y como eran muy activos, y se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una mas que decente medianía.

El marido, á quien llamaremos Carlos, estaba cada día mas enamorado de su Julia: este era el nombre de la jóven es-

posa. Véaseles siempre juntos en las horas que dedicaban á gratos paseos ó solaces apacibles, y todas las noches que iban á alguno de los teatros, ó á cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando á duo, ella el arpa y él la flauta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo conocimiento habian llegado á no pequeña altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una suma bastante crecida para comprar una linda casita á orillas del bellissimo lago de Como, en la cual iban á pasar casi todas las fiestas, y la época de la *villeggiatura* (1) entera y verdadera.

Por largo tiempo se habian ocupado los ociosos de Milan del misterio que rodeaba á aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus cortesanías modales, y ese no sé qué indefinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al través de todos los posibles misterios y disfraces, el distinguido nacimiento de las personas, inducian á los desocupados comentadores á mil conjeturas acerca de la clase y nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamás á punto fijo quienes eran ni de dónde venian.

Hablaban con igual pureza casi todas las principales lenguas europeas, circunstancia que desesperaba á los curiosos investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses ó italianos; mas como todo tiene fin en este mundo subllunar, tuvo tambien al cabo la impertinente curiosidad de aquellas gentes, quienes cansados de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz á nuestros interesantes esposos.

Así vivieron aun algunos años, creciendo á la par de su fortuna y su reputacion, el mutuo cariño que se profesaban; cariño muy racional, y fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta y angelical que Julia, ni un caballero mas cumplido y gallardo, ni un amante mas fiel y cariñoso que Carlos; pero la suerte, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado, atendida la inestabilidad de las humanas cosas, vino á turbarla del modo mas cruel y doloroso. La salud de Julia comenzó á alterarse de un modo alarmante, y aunque ella luchó heroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre á sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó á consulta á los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron á la enferma entregarse á ninguna especie de trabajo, y aconsejaron á Carlos que la llevase á su casita de Como, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras y la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, tal vez la restablecerian; encargándose el decano de aquella sabia asamblea, el doctor S... que profesaba á ambos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente á visitar á la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora á Como con su adorada Julia; pero ni sus tiernos cuidados, ni la asidua asistencia del doctor S... el cual empleó para salvar á Julia todos los recursos que pueden dar un vasto saber y una larga esperiencia unidos á un grandísimo cariño, pudieron detener la desapiadada tijera de la parca. Al cabo de algunos meses de continuos padecimientos voló aquella alma pura á la mansion eterna, dejando á su desventurado esposo sumido en el mayor desconsuelo. El escelente doctor S... casi tan afligido como Carlos con aquella pérdida, pues profesaba á Julia un verdadero y paternal afecto, acompañó al desolado viudo durante el primer mes de su luto; pero reclamando su presencia diaria en Milan varios de sus enfermos, tuvo que dejarle, si bien venia frecuentemente á verle, con tanta mas razon cuanto que desde antes de la muerte de Julia habia notado en él síntomas precursores del mismo mal de que aquella habia sido víctima. Obedecia Carlos maquinalmente las prescripciones del médico; oia con reconocimiento los consejos del amigo; pero ni su mal cedia, ni calmaba el pesar agudísimo que su corazón amante laceraba.

II.

Uno, dos, y hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, sino el creciente estrago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos á los dolores morales. Cada día se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veia agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continua, las fuentes de la vida en su jóven y desgraciado amigo. En tal estado estaban las cosas, cuando atacado el doctor por una enfermedad aguda, aunque no peligrosa, que por aquel entonces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez ó doce días, que en su inquietud por Carlos siglos le parecieron. Diariamente iba un criado de su confianza á informarse de la salud de aquel; llevaba encargo espreso de verle y hablarle personalmente, y con asombro sumo oia diariamente el cuidadoso amigo al fiel servidor asegurarle que no solo le parecia el jóven muy mejorado, sino que hasta alegre y tranquilo en sus diarias visitas le encontraba.

Repúsose por fin del todo el buen doctor, y su primera visita fué para Carlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer, y con tan placido y sereno rostro, que casi no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Empero observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; y ocultando su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocia, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del jóven enfermo. Turbóse Carlos; un vivo encarnado asomó á sus pálidas mejillas, y mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo empero que sus preguntas afectaban dolorosamente al jóven, cesó en ellas por entonces y se despidió hasta el día siguiente.

A la salida de la casa se encontró con un criado que habia entrado al servicio de Carlos desde su llegada á Milan; le eran conocidas la lealtad y reserva de aquel hombre, y además le repugnaba tomar informes misteriosos de un criado; pero el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

—Girolamo (2), le dijo, tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo ingenuidad y confianza.

(1) Temporada de campe.

(2) Gerónimo.

—Mándeme usía.
—Ten cuenta que lo que te voy a preguntar interesa muy de cerca nada menos que a la vida de tu amo, con que así me contestarás sin reserva alguna.

—Sí señor.
—Dime pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿recibe tu amo algunas visitas?

—Pero, señor...
—Ya te lo he dicho. La vida de tu amo tal vez dependa de tu franqueza. ¿Viene alguien a ver a Carlos? Va él a alguna casa de las cercanías?

—Señor, si no os conociera tanto, no os contestaría; pero la vida de mi amo es lo primero. El no va a ninguna parte, pero creo que alguien viene a verle.

—¿Alguien! y cómo... cuándo?
—¿Conoceis aquel pequeño pabellon del jardín... adonde mi amo iba por las noches con la señorita?...

—Y bien?
—Hace solo unos ocho días que mi amo ha vuelto a entrar en aquella habitación. La segunda ó tercera vez que le vi dirigirse allí, me pareció oír los suaves acentos de su flauta. Fuime acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señorita; juzgad cuál sería mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apenas me atrevía a dar crédito a mis oídos, porque me parecía imposible aquella profanación.

—Pero ¿estás seguro, Girolamo, de haber oído el arpa?
—Oh! sí señor, sí; estuve oyendo largo rato. Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

—¿Y bien, viste despues salir a la persona que acompañaba a tu amo?
—No señor. El amo salió solo; echó la llave al pabellon y se la guardó en el bolsillo, encaminándose en seguida a su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espionando, y cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver a la luz de la luna que iba tan trémulo y agitado que apenas podía sostenerse sobre sus piés, y una palidez espantosa cubria su rostro.

—¿Ha vuelto despues muy a menudo al pabellon?
—Todas las noches, señor; y aunque me pongo siempre en acecho, no he podido descubrir lo mas mínimo acerca de la persona que lo habita; pues no tengo ninguna duda de que hay allí una persona que acompaña con el arpa al señor todas las noches.

—Estraña cosa! murmuró el doctor; y alargando familiarmente la mano al fiel criado, añadió: mañana penetraré yo ese misterio ó no volveré mas aquí. ¡Adios, Girolamo!

Al día siguiente creía el buen criado ver llegar al doctor mas temprano que de costumbre; pero con asombro suyo vio pasar una tras otra las horas todas del día sin que el doctor pareciese, y ya desesperaba de su venida puesto que el sol estaba muy próximo a ocultarse, cuando el ruido de las ruedas de un carruaje que venia por el camino de Milan, le hizo salir precipitadamente a la puerta de entrada. Era en efecto la berlina del doctor, el cual apeándose apresuradamente fué al encuentro de Girolamo.

—En dónde está tu amo?
—Señor, en su cuarto. No sale de él sino para ir al pabellon.

—Está bien. Dile que estoy aquí.
Y siguiendo a alguna distancia al criado, se instaló cómodamente en un sillón de la sala. Pocos instantes despues vino a reunirse Carlos, en cuyo semblante se notaba cierta violencia, sobre todo cuando el doctor le anunció que pensaba pasar la noche en Como, puesto que ya era demasiado tarde para volver a Milan.

—Le compadezco a V., doctor, exclamó Carlos con cierta sequedad. Desde que esta casa está sin ama, todo en ella está desordenado y en confusion. Siento anunciar a V. que va a pasar una noche muy incómoda.

—En no incomodando a V., amigo mio, lo demás me importa poco. Es oy acostumbrado a todo.

—Como V. guste. ¿Se recogerá V. temprano?
—Sí por cierto, contestó el doctor, que creyó adivinar la intencion de aquella pregunta.

—Entonces voy a mandar que preparen a V. un cuarto. Supongo que V. cenará...
—No, amigo mio; tomo solo un vaso de agua.

Salió Carlos, y volvió dentro de algunos minutos, habiendo hecho disponer el cuarto para el doctor. Este, queriendo dejarle en libertad, pretestó sumo cansancio, y se fué a la habitación que le habian preparado. Al llegar allí se puso de acuerdo con Girolamo, que le precedia, el cual quedó en venir a avisarle en cuanto Carlos estuviese en el pabellon.

III.

Serian las nueve y media de la noche cuando vino el buen criado a llamarlo, y siguiéndole el doctor con callados pasos, llegaron hasta muy cerca del pabellon, y se situaron detras de un bosquecillo de arbustos, cuyo frondoso ramaje los ocultaba de la vista de Carlos en caso de que saliera antes de que pudiesen ellos retirarse hacia la casa.

Pocos instantes hacia que estaban en su escondite, cuando empezó a sonar la flauta, modulando en tono lastimero un tristísimo preludio.

Fuese animando el artista por grados a medida que entraba en aquella sonata favorita de Julia, muy familiar a los oídos del doctor, y al llegar a una parte en que había un trozo de acompañamiento obligado de arpa, oyó el doctor resonar distintamente aquel instrumento. Apenas se atrevía a dar crédito a sus oídos; parecía imposible que Carlos ultrajara la memoria de su esposa amando a otra muger, y sin embargo no podía menos de creer que había una dentro del pabellon. Por fin acabó la sonata, y el doctor y su guía se apresuraron a volver a la casa. El buen anciano determinó hablar a Carlos al día siguiente, y pedirle la aclaracion de aquel misterio, y se durmió pensando el modo con que entablaría una conversacion tan delicada.

Al día siguiente lo acompañó Carlos al almuerzo. El doctor no sabia cómo empezar; la palidez del semblante y el estado del pulso de su jóven amigo le llenaban al mismo tiempo de dolor y espanto: la muerte estaba suspendida sobre aquella cabeza tan jóven y hermosa.

—Está V. muy abatido hoy, amigo mio, murmuró el doctor: ¿no ha dormido V. acaso?

—Desde que murió mi adorada Julia, contestó tristemente el jóven, ha huido el sueño de mis párpados.

—No se cuida V.: anoche creo haber oído los sonidos de una flauta. Seria V. por ventura?...
—Sí señor...

—Pero eso le mata a V... Lo mas singular es que me pareció oír el acompañamiento de una arpa... mas qué veo?... se turba V.?

—Yo?... no... señor... pero aun cuando así fuese...
—Hablemos claro, amigo mio: aquí hay un misterio que yo quisiera penetrar.

—Pues bien, si señor; hay un misterio, pero no puedo revelarlo a nadie.

—Está bien. Y como hablando consigo mismo añadió: Jamás hubiera creído que la olvidase tan pronto!...

—¿Qué dice V.! exclamó el jóven.
—Digo, contestó el doctor con sereno tono, que se me hace increíble el que haya V. olvidado a Julia.

—¿Pero quién le ha dicho a V... de dónde le ha venido a V. semejante idea?
—He oído anoche distintamente el acompañamiento de un arpa, cuando V. tocaba la sonata favorita de Julia. ¿Quién si no una muger puede ser esta compañera nocturna?

—¿Quién? va a creer V. que le engaña y sin embargo es la pura verdad. Todas las noches al llegar a cierto pasaje de la sonata, empieza el arpa a resonar como cuando la pulsaban los tiernos dedos de Julia. El cielo, apiadado de mis dolores, permite a su espíritu que venga a consolar a su desventurado esposo.

—Amigo mio, no quisiera ofender a V., pero semejante historia es absolutamente inverosímil.

—Luego ¿no lo cree V.?
—Soy franco, no señor.

—Pues bien! Esta noche me acompañará V. al pabellon. ¿Conviene V. en ello?
—Sin duda.

Pocos momentos despues rodaba la berlina del doctor por el camino de Milan, y al anoecer de aquel día estaba de vuelta en Como. Encontró a Carlos en un estado tal de abatimiento, que le propuso diferir hasta otro día la visita al pabellon; pero el jóven insistió en su anterior propósito.

—¿Acaso sé yo si me queda todavía un día de vida? le dijo tristemente. No, amigo mio; iremos esta noche misma.

A la hora acostumbrada se dirigieron ambos amigos al jardín. Al entrar en el pabellon notó el doctor que todo estaba colocado como en vida de Julia. Aun estaban sobre un pequeño velador que habia en el centro, los libros que Julia preferia, llenos de señales puestas por su mano: en uno de los ángulos de la habitación veíase el arpa cubierta con un delgado velo de gasa, como durante la vida de la jóven artista, y la única variacion que se notaba era que en vez de las flores recientemente cortadas que a un tiempo adornaban y embalsamaban aquel su retiro favorito, mientras ella le habito, se veían ahora en los jarrones que las contenian, los restos marchitos de los últimos ramilletes que tal vez ella misma colocara.

Descubrió Carlos respetuosamente el arpa, y sacando su flauta empezó a modular aquel tiernísimo preludio que habia oído el doctor la noche antes. Seguía este con ansiosa vista los movimientos de su jóven amigo, y un terror involuntario comenzaba a apoderarse de él. Entre tanto continuábese oyendo la flauta, a la que la agitacion febril de que era presa el jóven hacia resonar de un modo estraño y como sobrenatural. Mas ¡oh prodigio! Al llegar al pasaje de la sonata en que habia un acompañamiento obligado de arpa, empezó a resonar débilmente aquel instrumento, y al cabo de algunos segundos, sus cuerdas, como pulsadas por una mano invisible, resonaron con el mayor vigor y claridad. El doctor, con la boca entreabierta y los ojos desenchajados de espanto, enjugaba con mano trémula el copioso sudor que bañaba su frente venerable, mientras que el moribundo jóven animaba, por decirlo así, con el último soplo de su vida el melodioso instrumento. Acababa la sonata en la flauta con una nota fuerte y prolongada, cuyo sonido se iba debilitando gradualmente hasta acabarse, y en el arpa con un acorde sonoro, que hacia resonar todo su diapason. Al espirar el sonido de la flauta, rompióse ruidosamente casi toda la encordadura del arpa, exhalándose del pecho del moribundo artista un grito desgarrador.

—Oh! ya no volveré! Aguardame, Julia! ya... te... sigo!

Dió el doctor maquinalmente un paso hacia el arpa, pero volviéndose de repente se precipitó sobre su desgraciado amigo. Estaba medio tendido en el sillón, en la mas completa inmovilidad, y con los ojos abiertos y fijos en la ventana del pabellon. Pulsó el doctor; aplicó a la nariz un pomito espirituoso que consigo llevaba; removióle en todos sentidos; llamóle con los nombres mas cariñosos...

—¡Vanos esfuerzos! ¡El desventurado habia ido a reunirse con su adorada Julia!

AKSTIN ELPIDOS.

REVISTA DE MODAS.

Galantes por naturaleza como hombres y como españoles, nos proponemos dedicar al bello sexo algunos artículos sobre moda, comunicándoles todo cuanto traigan los periódicos estranjeros y españoles de mas notable, haciendo presentes las reflexiones que nos sugieran sobre el particular los paseos, teatros y demás puntos de reunion de esta muy heroica villa. Para cumplir con nuestro propósito empezaremos transcribiendo lo que decia pocos días há un periódico de modas parisienses, hablando de una reunion matutinal celebrada en casa de un personaje de la época.

Hace algunos años, decia nuestro colega traspirenaico, estaban muy en boga estas reuniones. Pasó la moda como pasa todo en este mundo, para volver al parecer. Esta es una ley de la naturaleza.

Habianse preparado para esta fiesta todas las elegancias imaginables. Los vestidos de organdi con cintas de colores, los de muselina bordados con viso azul ó rosa, las transparentes gasas, los tafetanes *chínés*, los *barés* a disposicion, las manteletas bordadas con viso como los vestidos y guarnecidas de encajes, en fin, todo cuanto se ha presentado de elegante en las vistas de este invierno. ¿Cómo habian de desperdiciar las lindas recién casadas, una ocasion tan favora-

ble de lucir sus galas? Y gracias a que esté deseo tan natural en una jóven se ha mitigado, con las pequeñas conexiones que se han hecho a las niñas que no pueden engalanarse con el precioso título de *señora*. En tiempo de nuestros padres se conocia por el traje a una señorita, en la calle, en el teatro, en los bailes. Las guarniciones, los encajes, las joyas, eran fruto prohibido para ellas. Hoy, merced a la reforma conquistada, pueden usar tres, cinco ó siete volantes en sus trajes, flores en sus sombreros, y hasta manteletas de terciopelo. En lo único que se distinguen de las señoras en el día es en que la tela del vestido de la una es de seda liso y el de la otra de seda recamada ó chiné; en que la manteleta, aunque de terciopelo, no lleva adornos tan costosos; y que en el sombrero en vez de plumas solo lleva flores.

A esta comparacion entre lo antiguo y lo moderno, nosotros solo haremos una observacion, y es que a nuestros ojos nada sienta tan bien a una niña de quince años como la sencillez, con tal que esta no degenera en dejadez. El mayor atractivo de una dama estriba en el esmero de su persona; este debe revelarse desde la punta de los piés a la cabeza; una jóven bien calzada, bien peinada y aseada en su traje, por sencillo que sea, no solo puede estar segura de agradar, sino de dar buena idea de su persona.

Al mismo tiempo que las señoras se separan de las ideas de nuestros padres en punto a lujo, buscan en las modas de nuestras abuelas todas las innovaciones que introducen en su *toilette*. Las *fontanges*, los lazos que adornaban los peinadores, y que las mugeres de nuestra época miraban pocos días ha como atributo de la ancianidad, son ahora el mas precioso adorno de sus peinadores de muselina bordada. No por esto dejan de estar tambien en boga las batas de fulard francés, que se hacen sin cuerpo por delante, ó bien se componen de una falda lisa con una chaqueta de lo mismo. Las chaquetas, que ya no estan a la órden del día para las ciudades, recobrarán su preponderancia en el campo. ¿Qué traje puede adoptarse que sea tan cómodo, como ese sobretodo que lo mismo se usa sobre la mas sencilla *toilette*, que sobre la mas elegante, y que puede hacerse para abrigo como para el calor?

Por esta razon las elegantes tienen varios sobretodos, que se adaptan a todos los trajes y cambios atmosféricos.

En una carta que escribe una señora a una amiga suya, y que inserta uno de nuestros colegas, se dan los detalles siguientes:

En punto a hechuras no se ve variacion notable. Los trajes de tela clara se hacen rizados, altos y abiertos casi hasta la cintura. Los volantes estan muy en boga. Llévase hasta siete; pero las personas inteligentes prefieren el número tres. Una muger con siete volantes en un vestido de seda, pierde las formas naturales, y parece un talego lleno de ropa. A pesar de esto, como la moda todo lo santifica, se hacen vestidos con siete volantes, cuidándose sin embargo de dar muy poco vuelo a la falda.

Las manteletas no varian de corte. La manteleta, chal, ó la pelerina llamada de cardenal, por tener la misma hechura que una pelerina de cardenal, siguen a la órden del día. Esta se hace sin forro y de tafetan negro para *negligé*.

Los hombres no han variado ni el corte ni el color de sus trajes desde mi última carta. En punto a modas son mas constantes que nosotras. Para traje de campo quedan irremisiblemente abandonadas las casacas blancas y de mahon por todo el que quiera conservar el título de elegante. En su lugar se adoptarán las levitillas de medio paño ó las chupas a la francesa. Estas solo se sostienen por un boton en la solapa, dejando ver el chaleco a lo Luis XV. La levita ha de ser ancha de talle y de mangas. El color de los pantalones se usa blanco, mahon ó gris; nada de cuadros ni rayas. Sombrero de fieltro gris de pelo largo, ala ancha un poco abarquillada: zapato y media forman el complemento del traje de campo.

Otro día daremos a nuestras lectoras mas detalles, procurando informarnos de los almacenes mas acreditados de Madrid, para ponerlo en su conocimiento.

AMINTO.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

El doctor de Rosalia.

Rosalía está sentada en su estancia. Amargo llanto corre por sus mejillas. Entra su madre y la dice:

—¿Por qué están tan húmedos tus ojos?
—Tengo un gran motivo para llorar y tener encarnados los ojos. He sabido otra vez que ha muerto mi amado.

—Si has sabido otra vez que ha muerto tu amado, ¿por qué no me has hablado de él antes de ahora?

—No puedo ocultaros la verdad. El rey Olaf me ha robado mi honor.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, ¿qué te ha dado por él?
—Me ha dado una arpa de oro, encargándome que la toque cuando esté triste.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, toma lo que te pertenece y yete lejos de mí.

Rosalía mete oro en algunas bolsas. Amargo llanto corre por sus mejillas. Se va al bosque y quiere descansar un momento. Toma su arpa de oro, y necesita tocarla porque está muy triste.

El rey Olaf está asomado a una ventana, y oye el arpa de oro de Rosalia.

—Oigo mi arpa de oro. La pobre Rosalia está muy afligida. Rosalia se acerca a la morada del rey, y encuentra dos pajecillos.

—Escucha, niño, ¿está el rey en su morada? Dímelo.
—El rey está en su elevada estancia, y no piensa en una pobre muchacha como tú.

Rosalía abre la puerta. El rey Olaf la mira con ternura. El rey Olaf pega en los cojines azules.—¿Quiere Rosalia descansar aquí?

—No tengo sueño y no estoy cansada; pero he sufrido por tí la angustia y el desprecio.

—Si has sufrido por mí la angustia y el desprecio, no dudes, no dudes que serás mas feliz.

El rey Olaf sienta a Rosalia en sus rodillas, la da anillos de oro y se desposa con ella. Coge a Rosalia en sus brazos, la da la corona de oro y la nombra reina.

CIENCIAS.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

METEOROLOGÍA. El granizo en las Indias Orientales. Por M. Sykes.—Sikes ha agregado á sus propias observaciones las del doctor Buist, quien desde 1822 hasta 28 de mayo de 1850, ha visto en la India inglesa sesenta tempestades acompañadas de pedrisco, tan grande á veces como huevos de paloma ó de gallina. En varios parajes se han recogido piedras de doce á quince pulgadas de circunferencia. Tres días despues de una tempestad acaecida en Bangalora, en 1822, un inglés balló el terreno cubierto de pájaros muertos y de los cadáveres mutilados de veintisiete bueyes: un estanque próximo estaba cubierto de piedras flotantes, algunas de ellas de cinco y media pulgadas de diámetro.

Investigaciones sobre la constitucion de la atmósfera. Por M. B. Lewy.—El autor, aprovechando su viaje á Nueva Granada y su estancia en aquel país, ha hecho esperimentos repetidos sobre la composicion de la atmósfera en el Nuevo Mundo, de los cuales resulta que de 10,000 partes de aire atmosférico normal, las 4'008 son de ácido carbónico, 2101'435 de oxígeno y 7894'557 de azoe: estas proporciones se alteran segun las estaciones del año en Bogotá, y segun las horas del día en el océano Atlántico.

ASTRONOMÍA.—En tanto que los unos dirigen su mirada al espacio para interrogarle sus secretos, otros se encargan de revelarlos á la generalidad de las gentes y esparcirlos entre todos los hombres. Mientras que la sociedad astronómica de Londres, en el segundo semestre del año próximo pasado, publicaba el tomo XIX y la primera parte del XX de sus *Memorias* y el XI de sus *Noticias*, se verificaban los descubrimientos siguientes:

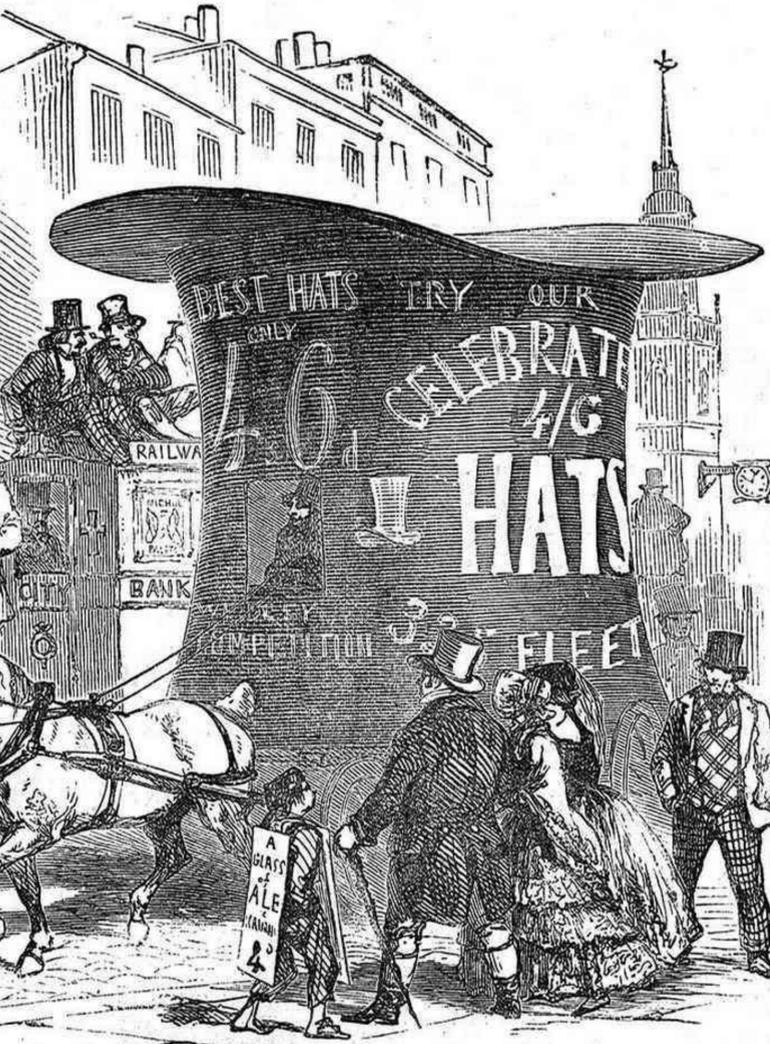
1.º M. Gasparis, astrónomo de Nápoles, que que en 1849 y 1850 habia visto, antes que otro alguno, los pequeños planetas Hygie, Parthénope y Egeria, descubrió el 29 de julio de 1851 uno nuevo á que llamó Eunomia, y que viene á ser el décimoquinto de los situados entre Júpiter y Marte.

2.º El doctor de Arrest descubrió un nuevo cometa desde el observatorio de Leipsick, en la noche del 27 al 28 de junio de 1851.

3.º M. Brosen, en la tarde del 1.º de agosto de 1851, descubrió otro cometa telescópico desde el observatorio del baron Senftenberg.

4.º El mismo astrónomo desde el propio observatorio descubrió otro cometa el 22 de octubre de 1851.

MINERALOGÍA Y GEOLOGÍA.—*Sobre el descubrimiento de rocas devonianas en el Norte de Africa.* Por el doctor Overweg.—El autor ha enviado desde Fezzan á la asociacion británica muestras de rocas devonianas y fósiles idénticos á los de los terrenos devonianos de Sierra-Morena en España. La obra que anunciamos, destruye desde luego la opinion generalmente admitida de que en Africa no se hallan al N. del ecuador,



Anuncio de sombreros.

rocas paleozoicas de ninguna clase, y hace suponer la existencia de un eje paleozoico de N. á S. en aquella inmensa península.

ZOOLOGÍA Y PALEONTOLOGÍA. Del órgano del olfato en los moluscos gasterópodos, fluviátiles y terrestres. Por M. Moquin-Tandon.—Entre los animales muy pequeños, es difícil, y casi siempre imposible, determinar exactamente cuáles son los órganos del oído y del olfato; y aun muchas veces no se puede comprobar de una manera evidente la existencia de la sensacion. M. Moquin demuestra en su obra, despues de repetidos esperimentos, que los gasterópodos poseen olfato, y que esta facultad reside en el extremo de sus tentáculos.

De la trasmigracion de los gusanos. Extracto de las cartas zoológicas de Ch. Vogt.—Aunque el estudio de los gusanos, de esos parias del reino animal, se ha descuidado por mucho tiempo; aunque los gusanos intestinales, sobre todo, han sido reunidos en un grupo mal definido, á causa de la incertidumbre que se tiene de su organizacion y desarrollo; añadiendo Mr. Vogt á sus propias investigaciones los descubrimientos y observaciones mas notables de los zoólogos modernos acerca del organismo animal y de la historia embriogénica, ha formado un trabajo digno de atencion y de estudio sobre las trasmigraciones de los seres á que nos referimos.

ANATOMÍA Y FISIOLOGÍA.—*Investigaciones esperimentales sobre los efectos de las materias virulentas en las vias digestivas del hombre y de los animales domésticos.* Por Mr. Renault.—Resulta de los numerosos esperimentos de Mr. Renault sobre la influencia que pueden ejercer en el organismo los alimentos crudos ó cocidos que provienen de animales muertos de enfermedad contagiosa:

1.º Los animales carnívoros y las gallinas pueden comer sin inconveniente los restos, cocidos ó no cocidos, de los animales que mueren de muermo, lamparones, carbunco, rabia, etc.; en los herbívoros, por el contrario, estas sustancias pueden producir una alteracion, aunque poco energética.

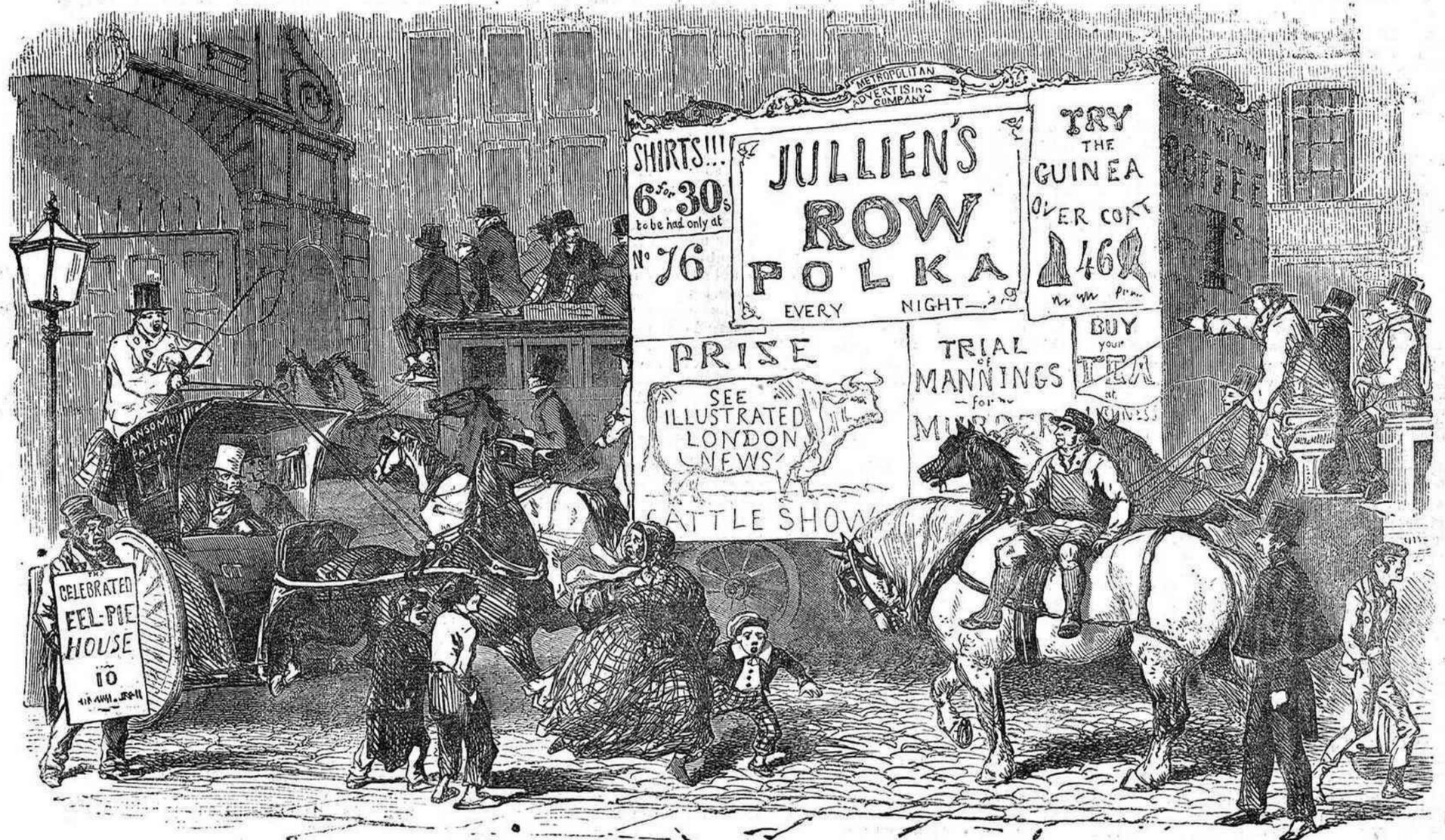
2.º Los líquidos y manjares que provienen de animales afectados de enfermedades contagiosas, pierden completamente sus propiedades mórbidas despues de una coccion ó ebullicion prolongadas: así es que el hombre puede comer sin riesgo la carne cocida ó la leche hervida procedentes de animales en dicho estado.

De la eliminacion de los venenos. Por A. F. Orfila (D. M.), laureado de la facultad de medicina de París.—Nuestro compatriota, el señor Orfila, conocido ya, y afamado por sus estudios toxicológicos, ha presentado á la Academia de Ciencias de París en 19 de febrero último una memoria con el epigrafe que encabeza este párrafo. El mismo la extracta en estos términos:

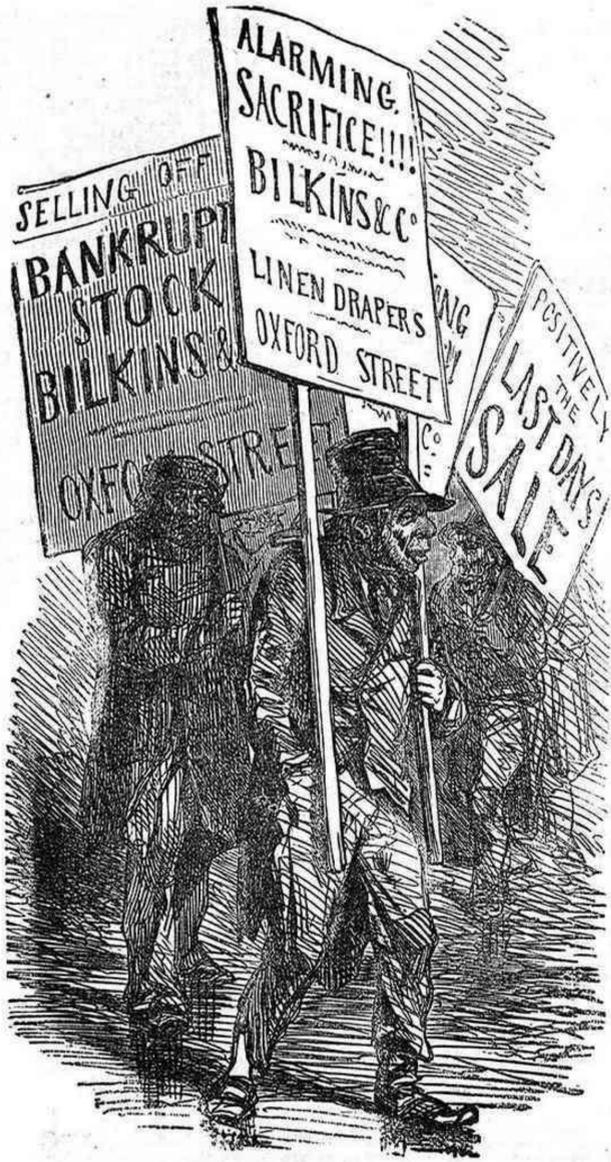
«Cuando un veneno es absorbido y se trasmite á los diversos tejidos de un ser viviente, ¿permanece indefinidamente en ellos ó es espulsado? «En este caso, ¿cuánto tiempo emplea la economía animal para efectuar la espulsion?»

«Finalmente, ¿por qué vias es trasportado al exterior? Estas tres preguntas resúmen todo cuanto se refiere á la eliminacion de las sustancias tóxicas.»

Esposicion é historia de los principales descubrimientos científicos modernos. Por Luis Figuier, doctor en ciencias.—De propósito hemos reservado para este lugar el examen de una obra que no se ocupa de una ciencia determinada, sino de todas á la vez. Pero si bien esta obra ha merecido en otros países y merece en efecto sinceros aplausos, creemos que no ha tenido bastante acierto su autor en fijar las dimensiones de los artículos: el de la *eterizacion*, por ejemplo, nos parece un poco largo; el consagrado á los *polvos* pudiera ser re-

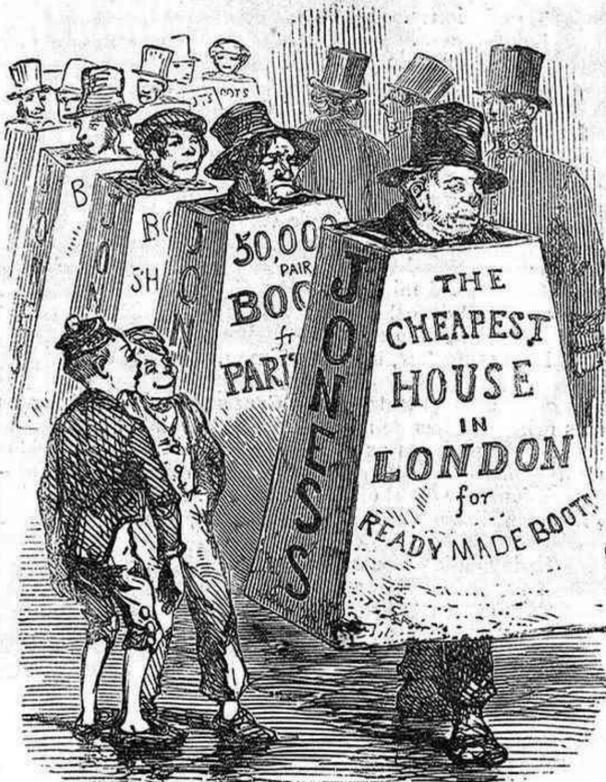


Anuncio de la oficina de anuncios.



Anuncios ambulantes.

medio de sus tumbas puede comprenderse bien la vocacion de esta carrera, abrazada por eleccion ó por necesidad. En los bellos dias nos sirve de satisfaccion contemplar desde la orilla el inmenso Océano, cuyas olas centellean y ruedan majestuosamente. Entusiasmados con esta sublime escena, divismos las blancas velas relumbrando sobre el vértice de las olas, los buques de vapor surcando el cielo con sus nubes de humo, y trasportando alegres viajeros hácia nuevos espectáculos; vemos á los marinos sobre la playa ó entre las rocas poniendo á flote sus barcos de pesca, ó conduciéndolos al apuntar la aurora. El mar entonces y el pueblo que le anima, toman á nuestros ojos un aire festivo; el trabajo, las malas noches, los prolongados sufrimientos, la muerte, se ocultan



Cajas que se anuncian á sí mismas.



Anuncios ambulantes.

emplazado por otro mas interesante y mas útil, etc., etc. En cambio aprobamos su artículo sobre el descubrimiento del planeta de *Le Verrier*, acontecimiento que carece aun de aplicaciones prácticas, pero que es una de las conquistas mas brillantes del espíritu humano. Tambien son dignos de encomio los artículos que dedica á la *fotografía*, á la *aerostática*, á la *telegrafía*, á la *galvanoplastia*, al *dorado químico*, al *alumbrado de gas*, etc.

Un cementerio á la orilla del mar.

¡Un cementerio á la orilla del mar! ¡En estas palabras se encierra una crónica muy interesante de los peligros sin número de la vida del marino y del pescador! Solo vagando en

á nuestro pensamiento bajo la espléndida decoracion del teatro, bajo el aspecto sereno y franco de los actores mismos. ¡Pero qué diferencia si contemplamos la vida del pescador en su conjunto, y no apartamos de este cuadro de existencia agitada, al invierno y las tempestades! Pocos son los que pueden seguir al marino en su realidad; pero los que deseen formarse una idea exacta de su vida, pueden ciertamente lograrlo visitando un cementerio situado á orillas del mar.

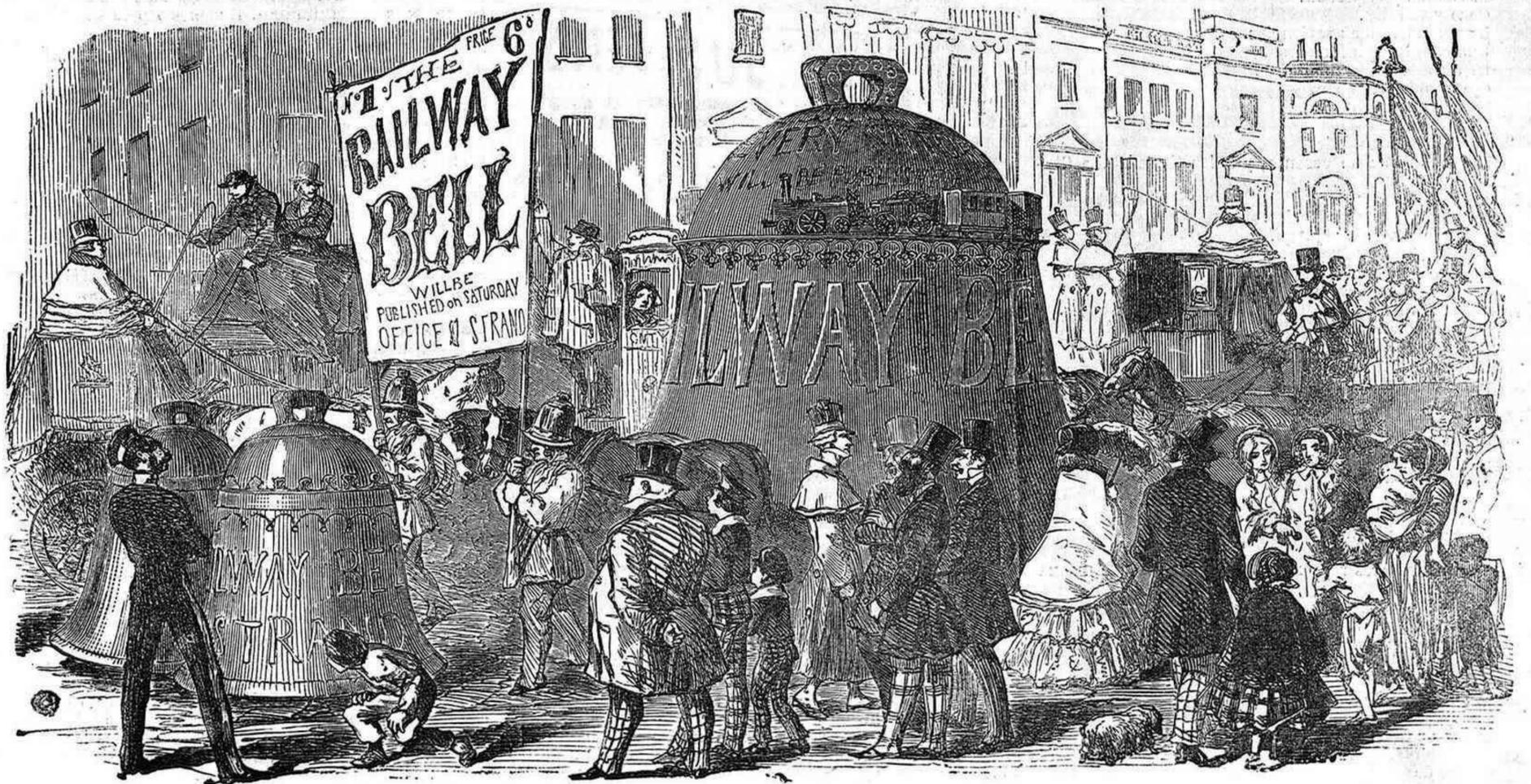
Poco tiempo hace que recorrimos dos sobre las costas de Yorkshire, y vamos á buscar ahora nuestras impresiones arrojadas entonces con rapidez sobre el papel. Nuestra primera visita fué al cementerio de Filey, pequeña aldea bien conocida de los *turistas* por la inmensa estension de sus arenas, y la austera beneficencia de lo que se llama el Puente, punta de roca que avanza á lo lejos en el mar, y sobre la cual se puede andar cuando la marea está baja; cuando las olas suben

y vienen á estrellarse contra este promontorio, nada iguala á la grandeza salvaje de estos lugares.

En las tempestades del invierno, llega á ser este puente para los marinos un verdadero *punte de los suspiros*, porque muchos navíos, y de los mas poderosos, se han hecho astillas sobre estas rocas.

Sobre una de las primeras tumbas que hirió mi vista en el apacible cementerio de Filey, leí esta inscripcion. «A la memoria de Ricardo Richardson, que pereció desgraciadamente en las aguas el 29 de diciembre de 1799, á la edad de cuarenta y ocho años.» Y al lado: «Isabel, su muger, que murió el 19 de enero de 1833, á la edad de ochenta y nueve años.»

El desgraciado pescador pereció sobre las rocas, y su muger buscó en ellas su cuerpo durante el espacio de tres meses. En esta dolorosa tarea se hallaba sostenida por la idea inalterable de que al fin le hallaria. Durante todo el invierno seguía



Anuncio del periódico Railway-Bell.

todos los días el flujo de la mar que se retiraba, y con sus ojos ardientes exploraba cada punta de roca, cada grieta, cada puñado de tierra en medio de las algas marinas que las tempestades conducían sobre estas orillas. En vano sus vecinos le decían que ya no había esperanza alguna de encontrarle, y que el buscarle tan penosamente en medio de aquel frío glacial, acabaría por serle funesto; todos los días se podía ver á esta solitaria exploradora despreciando al viento y la tempestad; al fin fué recompensada su perseverancia, descubriendo y pudiendo al menos tener el consuelo de confiarle «á la tierra su madre»... ¡De que fuerza moral estaría dotada la que sobrevivió durante treinta y cuatro años á esta estraña vigilia del amor conyugal, llegando á la edad de noventa años!

Cerca de allí se encuentra una piedra que recuerda la memoria de un patron y de su muger que perecieron juntos por una racha de viento, en una travesía desde Londres á Shields; otro murió en un viaje á Quebec; dos hermanos, de los cuales el uno se ahogó en el Tamesis, mientras que el otro pereció en Constantinopla. Los epitafios son sencillos sobre estos sepulcros, que suelen no contener los cuerpos, y son en general una espresion de sensibilidad verdadera, mucho mas notable cuando se les compara con las pagadas líneas que ordinariamente leemos en los cementerios.

Algunas veces un barco sepultándose en las ondas, esculpido sobre la piedra, representa el destino del que reposa bajo el monumento; mas lejos, sobre la tumba de un viejo marino mas feliz, es un bajel con las velas desplegadas, bajo el cual se leen sinceras gracias á Dios por haberle libertado con frecuencia de la muerte.

El cementerio de Filey tiene sus historias de tierra firme, así como sus leyendas marítimas. Hay una sobre todas, y bien reciente, que excita el interés del visitador. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, se encuentra una piedra con los nombres de Isabel Cammisch, de edad de veintium años, muerta en el mes de agosto de 1848, y de Roberto Snarr, ingeniero, muerto en marzo de 1849, á la edad de treinta y un años. Isabel Cammisch murió de tisis. Era la novia de Roberto Snarr, cuyo afecto hacia ella fué tan fuerte, que despues de la muerte de la jóven doncella continuó considerando á los padres de ella como si fuesen los suyos propios: viviendo con ellos, no les dejaba mas que para vagar alrededor del sepulcro de Isabel. Una mañana fué á visitar por última vez esta tumba amada antes de partir para Northumberland. La madre de Isabel le habia dicho un día: «Roberto, con mi sentimiento he olvidado pagar la cuenta del médico por la enfermedad de mi pobre hija, y es necesario que vaya á pagarla.—Ya está hecho, madre, replicó Roberto.»

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

El año cómico ha terminado. Las compañías del PRÍNCIPE, del DRAMA y de LA CRUZ, dieron fin á sus tareas en los últimos días del mes último. El teatro del CIRCO continúa abierto, y aunque el plan de la sociedad encargada de este coliseo era dar algunas funciones hasta el día 31 del mes corriente, es muy posible que sigan las representaciones en julio, si el dueño del local cede en sus exigencias.

Son muy pocas las obras notables representadas durante la temporada en los diferentes teatros: sin embargo, no es escaso el número de las originales, y desde luego es mucho mayor que el de las traducidas.

En el coliseo del PRÍNCIPE se han puesto en escena las siguientes:

Flavio Recaredo.
Para vencer, querer.
Andrés Chenier.
Diplomacia y amor.
El castigo y el perdón.
Cero y van dos.

La verdad vence apariencias.
Una conjuración femenina.
La estrella de las montañas.
Ojos y oídos engañan.
La hiel en copa de oro.
¡Está loca!

Lo mejor de los dados.

Los arduos de un cesante, y la loa titulada «La Gloria de España».

Las refundidas son:

Sancho Ortiz de las Roelas.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
Amar despues de la muerte.
No hay amigo para amigo.

Las comedias traducidas han sido las siguientes:

Perder ganando.
Corregir al que yerra.
La casa en rifa.
¡Llovidos del cielo!
¡Me he comido á mi amigo!
De balcón á balcón.
Faltas juveniles.
Un inglés y un vizcaino.
Batalla de amor.
Un cabello.
La pluma azul.
Elena de la Seigliere.

Las obras originales representadas en el teatro del DRAMA son las siguientes:

El ramo de rosas.
El hermano mayor.
La escuela del matrimonio.
La Baltasara.
El anillo del Rey.
Una llave y un sombrero.
La ley de raza.
Por poderes.
Un par de alhajas.
Los tres yernos.

¿Cuál de los tres es el tío?

Espinas de una flor.

Una lección de corte.

Errores del corazón.

Odio y amor.

Y la loa titulada «La esperanza de la patria».

Las traducciones son:

Una aventura de Richelieu.

Adriana.

Un tigre de Bengala.

Un capricho.

Amar sin ver.

Las zarzuelas y piezas originales, representadas en el CIRCO, son:

Tribulaciones.

La hechicera.

El novio pasado por agua.

Mateo y Matea.

Por seguir á una muger.

Las traducidas son:

Jugar con fuego.

El castillo encantado.

El confitero de Madrid.

El sueño de una noche de verano.

El estreno de un artista.

Maruja.

Al fin casé á mi hija.

¡Diez mil duros!

De este mundo al otro.

Buenas noches, señor D. Simon.

La compañía del teatro de LA CRUZ suspendió sus trabajos en los primeros días de noviembre, trasladándose á Valencia mientras actuaron los actores franceses. Luego que estos concluyeron volvió la compañía española á Madrid, y continuó trabajando desde el día 7 de marzo en dicho coliseo.

Las comedias originales representadas, fueron:

La ley de las represalias.

La gloria de la muger.

Un Don Juan del siglo XIX.

Curro el arrendador.

Misterios de Palacio.

Aragón y Castilla.

El juicio público.

Por un anónimo.

Mariana la Barlu.

Cañizares y Guevara.

San Isidro Labrador.

El corazón de un soldado.

Donde menos se piensa salta la liebre (zarzuela).

Y la comedia refundida, «Esto está mejor que estaba.»

El teatro del INSTITUTO ha dado albergue á cuatro compañías, que desde los primeros días de la temporada dieron sucesivamente funciones. Las obras originales representadas en este teatro son:

Los millonarios.

El mundo al revés.

Luchas de amor y deber.

Errar la cuenta.

Trifulcas de un bodegon.

Efectos de una venganza.

El beneficiado.

Ellas y nosotros.

Música y versos.

Amor y amistad.

Vaya un par.

Y las zarzuelas:

Pepiya la salerosa.

La zambra en el molino.

El chaval.

Todos locos y ninguno.

Las traducciones son:

La doble caza.

Allá va eso.

Hasta el honor por mi madre.

Mercadet.

La quinta en venta.

Los tres partidos.

La boda tras el sombrero.

Pecado y penitencia.

Lo que está de Dios...

A caza de aventuras.

Una falta y un castigo.

Y la comedia refundida:

El licenciado Vidriera.

En el teatro de VARIEDADES han trabajado tres ó cuatro compañías; pero fué muy corto el número de representaciones que cada una de ellas dió.

Las comedias originales representadas en este coliseo son:

Los pretendientes del día.

La esclava de su deber.

Pagarse del exterior.

El Gran Duque.

Dios y mi derecho.

Los amores de la niña.

Las traducciones son:

La condesa de Egmont.

Libro III, capítulo 1.º

Segun la lista que damos anteriormente, las producciones nuevas originales representadas en el último año cómico, son ochenta y una. Las comedias traducidas son cuarenta, y siete las refundiciones.

A juzgar por los resultados, ningun beneficio ha proporcionado á la literatura dramática la creación de un teatro subvencionado, ni las restricciones á que estaban sujetos los demás. En el año cómico que ha concluido últimamente es

mayor que en el anterior el número de comedias originales puestas en escena. Aunque no tengamos en cuenta las que han sido ejecutadas en los teatros de segundo orden, y limitando nuestras observaciones á las mas notables representadas en los coliseos del PRÍNCIPE y del DRAMA, encontramos desde luego que los señores Breton, Hartzenbusch, Rubí, Vega, y Gil y Zárate, han trabajado mucho mas que cuando tenían el deber de sostener con sus obras un teatro subvencionado que estaba bajo su dirección.

No se crea por esto que tratamos de atacar la creación de la junta nombrada últimamente para presentar un proyecto de arreglo de teatros: al contrario, nos parece muy conveniente el que el gobierno oiga el parecer de nuestros primeros escritores, si bien es de estrañar que figure á la cabeza de la junta D. Ventura de la Vega, á quien todo el mundo acusa de haber contribuido mas que nadie por su mala dirección, á la muerte del teatro Español, y no se haya acordado con el señor Rubí, que como escritor merece esta distinción, y que como director del difunto coliseo hizo laudables esfuerzos para sostenerlo, enmendando en lo posible las faltas de su antecesor.

La junta de teatros ha celebrado ya varias sesiones, y aunque predominó al principio la idea de reducir á cierto número los de verso, parece que se ha abandonado despues y que se piensa únicamente en la creación de un teatro subvencionado con acuerdo de las Cortes, dejando á todos los demás en completa libertad. Cuando tengamos noticias mas detalladas sobre la organización que ha de darse á este teatro, manifestaremos mas esplicitamente nuestro juicio.

F. M.

CRITICA LITERARIA.

EL LIBRO DE LOS CANTARES,

por D. Antonio de Trueba y la Quintana.

El pueblo es un gran poeta: con esta sencilla frase da comienzo al prólogo de su obra al señor Trueba, y á fé que si no estuviéramos plenamente convencidos de la verdad que dice, él con su obra se encargaría de probarlos. Pero nada menos que eso. Dudar en España de que el pueblo es poeta, vale tanto como renegar de este cielo siempre azul, de estas mugeres siempre hermosas, de estos campos siempre en flor. Al revés de Figaro, que para confesar que nuestro pueblo es poeta, hubo menester de hallarse en un sitio por demás impo- nente y lúgubre de las cercanías de Mérida, nosotros lo comprendemos y lo sentimos en el fondo de nuestra alma, cuando, en medio de las fiestas populares oímos un himno universal no sujeto á rima alguna, y rimado, sin embargo, y armonioso; cuando en las mañanas de abril y mayo vemos á los sencillos labriegos salir por las puertas de las ciudades improvisando coplas, ó rematándolas de su propia imaginativa, toda vez que la tradición las ha dejado sin remate; cuando en las noches de verbena, perdidos entre el susurro de los árboles del Prado ó de San Antonio de la Florida, oímos esos blandos queiebros que cautivan el corazón sin arte, y que al compás de la bandurria ó de la melancólica guitarra se confunden en el caos de las armonías de la noche como otras tantas armonías de la misma naturaleza. Pueblos que así saben cantar, ¿cómo no han de ser poetas? Acaso las rapsodias que de boca de Homero han salido, poemas sublimes, acaso no valian tanto.

Pero de esta misma falta de arte, que constituye la principal belleza de la poesía del pueblo, resulta no menor dificultad para encajonarla y reducirla á la poesía de arte. La inspiración del pueblo emana mas directamente de la naturaleza, participa mas de su sabor, se identifica, en una palabra, con su esencia y con su espíritu mas que la del poeta, reducida á mil modificaciones, esclava de mil circunstancias esternas, que antes de hacerla pasar por el crisol del arte, la desvirtuan tal vez y la desnaturalizan. Digámoslo para abreviar en una sola frase:—El pueblo canta su propia naturaleza:—el poeta canta la naturaleza que se finge.

De estas premisas deducimos claramente que es por lo menos muy difícil formular los cantos del pueblo en los tonos del laud artístico. El poeta que ose á tanto, ha de reunir en nuestra opinión cualidades muy altas y acaso contradictorias. Lope de Vega en algunas ocasiones mereció esta palma, y en los tiempos mas cercanos D. Ramon de la Cruz, único, y verdadero, y legítimo cantor de nuestro pueblo, único que en alto grado ha reunido á su candidez maliciosa y á su natural fantasía, dotes sobresalientes de poeta.

Mas de una vez el que escribe este artículo habia oido decir en los círculos literarios que el autor del *Libro de los cantares* tenia mucha semejanza con el autor de los *sainetes*; que como él pasaba la vida entre el pueblo, estudiándolo y analizándolo, y que como él, en fin, legaría á la posteridad sabrosos y picantes cuadros de sus costumbres. Ni lo creíamos ni lo dudábamos, que es lo mas natural en esta época de verdades inverosímiles y de inverosimilitudes verdaderas. Parecíamos cosa por demás *escéntrica* ese raro modo de ser, de estudiar y de escribir, puesto que estamos acostumbrados á tratar con gentes que ni son ni estudian de ninguna manera, sino que escriben mucho de la peor. Un acaso feliz nos proporcionó el hallar al señor Trueba la Quintana por primera vez, y fué en la pradera de San Isidro, un día del santo, embebecido en la contemplación de aquel hervir de la muchedumbre, de aquel vocear sin tregua, de aquellos cantares obscenos y castos al par, de aquellas danzas estrañas, mitad populares, mitad imitadas de la clase media; y desde entonces seguimos con amoroso afán los pasos de ese tiernísimo poeta, que escribe llorando y cantando.

Por este ligero esbozo se viene ya en conocimiento de que el genio poético de Quintana es ciertamente el único en nuestros días ocasionado y capaz de este género de empresas. El mismo dice en su prólogo con candidez sublime: «¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio?» Tiene razon. Si entendiera en esto no hubiera escrito el *Libro de los cantares*; seria quizás académico, pero no andarian sus versos en boca de casi todos los ciegos de España. Gloria por gloria, no decidiremos nosotros cuál es la mas envidiable. A la altura en que nuestro siglo se encuentra, mayor lauro alcanza el poeta que baja hasta el pueblo

para instruirle, que el que en mas altos peldaños de la escala social parodia la voz del desierto. Si alguna revolucion generosa ha sufrido la literatura moderna, es sin duda la de haberse hecho popular. Todos los grandes arcanos, todo lo que en ciencia y en arte hay que revelar á las generaciones venideras, existe oculto en el alma y en la organizacion de nuestro pueblo. Mientras nace el poeta de la civilizaci6n, el poeta que de forma á las aspiraciones de este siglo, la única poesía que nos puede conmover es la popular. El porvenir de los pueblos en lo moral y en lo material es la única religion de los hombres pensadores de nuestra época.

Peró volvamos al asunto que nos ocupa.

Y no se crea, á pesar de lo que indica su título, que el *Libro de los cantares* esté escrito con un plan maduramente estudiado, ni cosa parecida. El objeto del autor es pura y simplemente cantar, y él mismo nos lo dice, en su lenguaje cándido, que parece la confesion de una niña:—«Quince años hace que dejé mi solitaria aldea, quince años hace que en vez de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orillas del Manzanares, y sin embargo, aun me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré si Dios quiere; aun se parecen mis cantares á los de quince años há.» ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin? etc. Habladme de flores y arroyuelos, de cielo y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo, y entonces os comprenderé, porqué de eso nada mas entiendo.»

Tan fresca, tan rica imaginacion debia de producir una obra muy notable, y el libro que nos ocupa, lo es y por muchos títulos.

Cada uno de los cantares es un pedazo del alma de su autor, una lágrima caída de sus ojos, ó una ilusion de las que embellecen su existencia tranquila. Nunca hemos visto tan palmariamente verificado el dicho de Boileau:

...un jeune homme qui s'aime
souvent dans ses heros se depeint soi méme;

y sin embargo, este carácter de individualidad, este yo que por todas partes se encuentra, y que en los escritores franceses llega á cansarnos por hijo de la charlatanería y del amor propio ridiculo, en el señor Trueba es tan poético y tan interesante, que pone atractivo nuevo á su obra. Mil pruebas de cualquier cantar pudiéramos aducir; pero nos sale al encuentro el de *La Guardia Civil*, cuya introducción sencilla y tierna es á nuestro propósito bastante.

Canto la guardia civil,
porque es el ángel que ampara
la honradez y el infortunio
con sus benéficas alas,
y es justo que yo acompañe
con mi inacorde guitarra
el coro de bendiciones
que resuena en su alabanza.
Pobre cantor vagabundo,
del palacio á la cabaña
voy solícito buscando
la virtud para cantarla.
Ni al rico ni al pobre adulto,
que mi pobreza me basta
para viajar poco á poco
por este valle de lágrimas.
Si caigo, y un caminante
á levantarme se para,
poso el labio agradecido
en la mano que me alarga;
pero no me quejo nunca
de los que de largo pasan.
Mis ambiciones de gloria
son las de hacer mi jornada
con la conciencia tranquila,
con el corazón sin mancha.
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
álguen dirá:—«En esa fosa
un hombre honrado descansa;»
y ese es mi único deseo,
esa mi única esperanza;
que siempre he vivido libre
de vanidades mundanas.

Y ya que en este cantar nos fijamos para entresacar algunos versos, diremos de pasada que lo que mas nos admira es el arte, acaso natural, con que el autor ha sabido hacer poético todo lo que canta. Aparte su extraordinario valer como institucion, ¿quién creyera que *La Guardia Civil* podría inspirar un romance poético y dulce, que los ladrones y los caminos, la miseria horrible y la caridad casi infructuosa, pudieran hermanarse tan bien en unas trovas, aun escritas para el pueblo y solo para el pueblo? Diariamente vemos en los periódicos tiernísimas relaciones de hazañas ó beneficios de la Guardia Civil; pero nunca nos pasó por las mentes que un poeta pudiera hacérmolas interesantes, y hasta con las mismas palabras de nuestros días tan prosaicas de suyo. Véase cómo Trueba lo consigue:

Son dos pobres transeuntes
que han perdido la esperanza
de tornar á sus hogares
donde el amor los aguarda;
donde, mirando si viene
el dulce esposo del alma,
una muger está puesta
de pechos á la ventana.

Y mas adelante:

Y del glorioso uniforme
despojandose los guardias,
esponen su propia vida
para conservar la estraña;
nuevos Martines que parten
con Jesucristo su capa.

Y en verdad que para prueba de lo que venimos asentando, no hay como el rasgo final de esta misma poesía:

¡Feliz el pueblo que puede
dormir en la confianza
de que hay un ángel custodio
que le cubre con sus alas!
Ya reduzcan á cenizas
los edificios las llamas,
ya la corriente del río
las poblaciones invada,
ya el infeliz trajinero
se hunda en simas ó barrancas,
ya carezca el caminante
de alimento ó de posada,
ya el puñal del asesino
atente á la vida humana,
siempre la Guardia Civil
cual la paloma del arca, etc., etc.

No una estraña preocupacion ni un capricho fútil inesplicable, sino el íntimo convencimiento de que la poesía es y debe de ser un verdadero sacerdocio, hace que siempre demos la preferencia entre los poetas á aquellos que se imponen voluntariamente una mision, cualquiera que sea, y la cumplen con todo el empeño á que sus dotes alcanzan. El carácter de singularidad, el sello de elegidos, por decirlo así, que este proceder les pone, es para nosotros tanto mas amable, cuanto que no hay cosa que nos desesperé como abrir un libro sin estar convencidos desde luego del género de ideas que va á inspirarnos. Una literatura tirada á cordel como la nuestra del día, es para hastiar al mas apasionado. Esta uniformidad monótona de nuestros escritores, que parecen uno solo, agosta el campo de la inteligencia, ni mas ni menos que la falta absoluta de escritores. Trueba la Quintana, por lo contrario, piensa por sí y canta á su modo, separándose de la generalidad como con desden. Este es un verdadero poeta. Aunque los tonos cándidos y melancólicos, la pureza y la sencillez, brotan con mas frecuencia de su lira, ¿prefieren los lectores cantos amargos que armonicen mejor con el estado actual de todos los corazones? Las seguidillas tituladas *Contra tristeza, cantares*, pueden servir de modelo en este género; pero no modelo de esa amargura desgarradora de Byron y Espronceda, sino de amargura cristiana (permítansenos esta frase, mas oportuna de lo que parece), de la amargura que no remata en el suicidio, sino en el consuelo. ¡Dichoso el poeta que, al desechár sus melancolias, puede esclamar como Trueba la Quintana!

...¿cómo el llanto
ha de endulzar las penas
si es tan amargo?

Peró en lo que sin duda alguna el autor no tiene rival, es en la descripción de las fiestas populares. Nada mas natural. Ha nacido para el pueblo, como el pueblo ha nacido para él. Son dos organizaciones homogéneas, que se buscan instintivamente. Con el *Libro de los cantares* hemos adquirido la conviccion de que la musa de Trueba enmudecería en un palacio, como los ruiseñores enmudecen en las moradas humanas. Para escribir versos como los de *La romería, La sanjuanada, Las flores para la Virgen, La niña de ojos azules*, y otros mil, es obstáculo insuperable la molicie y el esplendor. Esta antítesis estraña se verifica muy amenudo en los grandes poetas. Camoens, rico, no hubiera podido describir los tesoros de la India.

En resumen, el libro que nos ocupa es un mosaico de inmenso valer, no por lo peregrino de sus mármoles, sino por la delicadeza de su construcción. Es un libro que entenece: con esto se dice todo. Hoy que la poesía por lo comun no pasa de un sonsonete vano, la de Trueba penetra al corazón y lo subyuga. Bien que habla en nombre del pueblo, y no hay cosa que conmueva á las almas bien templadas, como sus sensaciones y los misterios de su vida. También esto se debe de atribuir á que el autor ha sabido reunir en su libro todos los encantos, poetizar todos los cantares, y hasta acomodarlos á la historia, porque inspiren doble interés.—«Con las canciones populares de una nacion me atreveria yo á escribir su historia.»—Trueba la Quintana ha llevado á cabo esta promesa de Voltaire.

Lléganos el punto y sazón de hablar de defectos. Cuando criticamos una obra buena los solemos dejar para el fin, por satisfacer á nuestro propio corazón, aun cumpliendo con la fidelidad posible nuestros deberes de críticos; y tal vez, como ahora nos sucede, con el halago de una sabrosa lectura los ponemos en olvido. ¡Así pudiéramos hacer para el *Libro de los cantares* una escepcion á las reglas de la buena crítica! Pero esto ni al autor ni á nuestra conciencia propia seria conveniente. Sabemos además que Trueba oye con buen agrado las amonestaciones de quien, no por mayor pericia, sino por hallarse templado á la censura á costa de no pocos estudios y aun de contrariar acaso su índole y sus instintos, en benévolo son y amistoso lenguaje, si no indica los defectos reales porque está sujeto á error, apunta los que se lo parecen en su leal entender.

El *Libro de los cantares*, por fortuna, así como en la escala del mérito está muy sobre la mayor parte de los libros que en nuestro país se publican, en los defectos alcanza lo contrario. Incorreccion y desaliño, tal ó cual galicismo, faltas gramaticales de poca monta, y alguna idea mal ó inconvenientemente desarrollada... ¿en qué libro moderno faltarán estos lunares? Cuando en el silencio de los gabinetes se invierten largos años en una labor literaria, podian justamente el público y la crítica exigir de ella todas las condiciones imaginables; pero hoy el ejercicio literario está de tal manera, que al rematar un escrito nuestra pluma la mojamos nuevamente para corregir las pruebas. Ni por lo que toca al lenguaje permite el estado social tampoco la pureza clásica ni mucho menos. Así pues, cuando un libro en el fondo satisface todas sus exigencias, debe de usar la crítica blandura con la forma. Esto no se tome por defensa de nuestro proceder con el presente. Bien quisiéramos ser severos. Acaso por inclinacion lo somos, y pruebas hay en el mundo; pero el *Libro de los cantares* nos desarma. Le somos deudores de algunas horas de halagüeño solaz, y tememos pecar de ingratos con él. Sin embargo, pese á la violencia que nos cuesta, hemos de decir al moderno Cruz, que aunque su libro esté escrito para el pueblo, debió de olvidarlo alguna vez en gracia de ese decoro del lenguaje que manchan algunas palabras de mal so-

nido, si no de torpe significacion. Triste verdad es por cierto, pero es verdad, que á medida que cunde la desmoralizacion en las sociedades, la moral hipócrita ó de formas las domina hasta el fanatismo.

Entre los escasos defectos de locucion, debemos también advertir á Trueba, que ponga sumo cuidado en el uso de los modismos del pueblo, antigramaticales de suyo y aun chavacanos, como se nota en *La vida de Juan Soldado*, donde parece que el autor ha querido apurarlos en su mayor parte sin escrúpulo en la elección. El siguiente, por ejemplo, desluzca una galana oración continuativa:

Pues, señor, de que vencimos
á Dupont...

por así como, ó así que.—Y estos otros mal sonantes, aun en boca de un soldado de la guerra de la Independencia:

Napoleon!... mal rejargar
para él!

y decimos:—Los franchutes...

Con doble lástima vemos estos lunares, porque *La vida de Juan Soldado* es sin duda alguna la composición mas característica y mas bella del tomo. ¡Qué naturalidad, qué belleza y qué sencillez en el diálogo! ¡Qué descripciones tan pintorescas! qué ternura de afectos! Véase el siguiente trozo, que no podemos resistir al deseo de copiar, aun á trueque de que este artículo crezca demasiado. *Juan Soldado* habla de la inmortal Zaragoza.

...hasta que al fin el francés
el sitio tuvo que alzar
de rabia y vergüenza lleno
viendo tanta heroicidad,
en tanto que las campanas
de la Virgen del Pilar,
alzaban, toca que toca,
himnos á la libertad.
Como es mi placer á tiros
con los franceses andar,
por salir de Zaragoza
estaba rabiando ya,
y se lo escribí á mi madre
que me contestó...—(Aquí está
la carta:—«Juan de mi alma,
»si te puedes ahí quedar,
»quédate, porque en los campos
»es mucha la mortandad,
»y si te pegan un tiro
»¡pobres de nosotros, Juan!»

Recordando que esta carta es de la madre de un soldado, nos atrevemos á decir que no tiene rival en nuestro idioma.

Otro de los defectos en que el autor incurre con mas frecuencia, es el uso de los diminutivos. Al ver el despilfarro con que los emplea, hemos pretendido buscarle una razon lógica, en armonía con la opinion fantástica que tenemos formada del poeta. Trueba es un niño, y canta en nombre del pueblo, que es niño también. Aunque los diminutivos dan al lenguaje un son demasiado cándido, los usa á veces con mucha oportunidad, como por ejemplo:

Por eso está contenta,
por eso canta
como los pajaritos
por la mañana.

(*La niña de ojos azules.*)

Un besito apostemos
á que adivino
por qué tienes el rostro
descolorido.

(*Idem.*)

Y ahora es ocasion de que digamos, para dar remate á este artículo, que la prueba mayor de que Trueba la Quintana ha nacido para cantar á nuestro pueblo, la vemos nosotros en sus seguidillas, inimitables casi siempre. Quien así las escribe ha recibido ya el bautismo de la popularidad. En este concepto el cantar de los pajaritos y del besito es un modelo. De buena gana lo copiaríamos todo.

«He compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.» Estas palabras de Trueba en el apéndice de su libro, nos recuerdan la sencillez sublime con que el ciego Homero arengaba á la multitud griega antes y despues de sus cantos.

16 de junio de 1852. V. BARRANTES.

EL LEON ENAMORADO.

Reproduciendo en zinc la estatua que hoy ofrecemos á nuestros lectores, los señores Devaranne é hijo, de Berlin, han acabado una de las obras mas notables de la Esposicion.

La multitud se agolpaba en el Palacio de Cristal á examinar la actitud tranquila y fiera del rey de las selvas. Barry era el único que hasta ahora habia prestado esa importante fisonomía al noble animal.

CURIOSIDADES INGLESES.

ANUNCIOS.

La primera impresion de un extranjero que llega á Londres es la sorpresa. Admira desde luego estupefacto la capital de las capitales, tan distinta de las demás que ha visitado en el continente, porque todo en ella le parece nuevo y grande: despues se felicita por haber emprendido un viaje que debe producirle agradables sensaciones. Pronto sin embargo sucede la saciedad á la sorpresa; no tarda en fastidiarse y en contraer el spleen; quiere ausentarse de Londres, y se ausenta en efecto de aquella inmensa poblacion tan monótona en su misma variedad, sin placer y sin vida en medio de su animacion, que ha inventado casi todo cuanto puede ser útil, y que conoce muy poco de lo que es agradable. Londres es un pueblo en que el buen gusto se manifiesta tan pocas veces como el sol.

A pesar de esta pintura, la capital de la Gran Bretaña

ofrece á un observador gran número de casos de estudio, tan característicos como opuestos entre sí. Vamos á hacernos cargo de algunas *curiosidades inglesas* poco conocidas ó imperfectamente descritas.

Entre ellas ocupan el primer lugar los *anuncios*. El anuncio en Londres no se contenta con aparecer fijo en las esquinas: persigue á los ciudadanos por las calles, los acosa, los sofoca, los mata. En esto se diferencian poco de los franceses: su plan al menos es el mismo, y consiste en no dejar vivir al prójimo: introdúcense en todas partes, ya impresos, ya cacareados, de modo que la gran ciudad se convierte en un *Pandemonium* infernal de gritos y de reclamos, que no hay mas que pedir. El diablo familiar del comercio y de la industria tiene allí sacerdotes energúmenos á todas horas, y los espíritus invisibles del buril, reproducen en carteles las mas estupendas concepciones, para solaz de los consumidores de artículos, que en todas partes se les meten por los ojos.

Las seis muestras de anuncios que hoy ofrecemos en grabado á nuestros lectores, pueden darles una idea de lo que se debe sufrir en Londres, cuando uno no está hecho á prueba de ataques de nervios. Aquí aparece MM. Moses é hijo asegurando que sus sombreros son tan ligeros y fuertes como una berlina de muelles, y que su anuncio debe leerse con mayor interés que el discurso de la corona ó la suma de los presupuestos.

¿Y qué diremos del *anuncio* de la *oficina de anuncios*, que recorre las calles de la capital con diabólico estrépito atropellando todo lo que encuentra al paso? Solo puede ocurrir á un pueblo escéntrico por naturaleza el establecimiento de un depósito ambulante, de un despacho fijo que se encuentra en todas partes á horas fijadas, que se encarga de llevar por sí mismo en cuerpo y alma los anuncios á sus diversos destinos: y esto un día y otro día, y todas las semanas, los meses y los años.

No hay industria que no se pasee al aire libre por los barrios de Londres: zapatos, telas, paños, libros, comestibles, instrumentos de música, de matemáticas, de cirugía, de todas las ciencias, detienen al paseante ó al hombre de negocios, y le hacen olvidarse de aquello mismo que mas afecta su pensamiento: el militar llega tarde á la lista, el comerciante desatiende un negocio de Bolsa, la modista no se acuerda de los encargos que le han hecho, y los marineros alquilones, esos dignos hijos del Támesis, que gastan en una hora de *gin* la ganancia de tres semanas, no se cuidan de los parroquianos que tal vez les esperan. ¿Qué mucho, si todos contemplan, convertidos en papanatas, una magnífica procesion de gorros de señora que desafían al viento y á la lluvia?

No hablemos de esas cajas que se anuncian á sí mismas llevando embudidos á los encargados de su espendicion. Como ellos dicen, ¿dónde podrán encontrar habitacion mejor ni

mas barata? Preciso es convenir en que la extravagancia inglesa es la mas fuerte de todas las extravagancias humanas.

A ellas pertenecen asimismo esos *sacrificios alarmantes* con que se anuncian los ropavejeros, y las quiebras ó *bancarrotas* que con el mayor descaro echan por tierra el nombre de un negociante con autorizacion del mismo. Si este no es el último grado de la locura, no sabemos cómo calificarlo.

Por último, hasta los periódicos se han convertido en objetos de ridícula curiosidad; pero como lo esencial es aumentar la tirada de ejemplares ¿que importa que el público sensato, ó mejor dicho, que el *extranjero tonto* se ria de la estúpida especulacion, con tal que sea especulacion, y por muy estúpida que sea? El ejemplo se nos presenta en el *anuncio* *campaña* del periódico *Railway-Bell*, que cuenta con un número inmenso de lectores, y que solo se publica los sábados, empleando los demás días de la semana en recoger suscripciones, del mismo modo que los trenes de un camino de hierro recogen viajeros en todas sus estaciones.

No acabariamos seguramente si nos empeñásemos en pasar una revista completa á todas las clases de anuncios de la ilustrada capital de los tres reinos. Sería preciso adoptar el sistema de los naturalistas, y dividirlos en familias, géneros y especies: ni aun bastaría esto, porque habria que describir el individuo, pues hablando en puridad, estamos persuadidos de que en Londres cada individuo es un verdadero anuncio.

MODAS.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrez, 26.